

Virginianos

Tarde

Hemos comido el sol y las hojas de los árboles. En nuestro balcón se ha detenido un cardenal. Es domingo, día consagrado, y Jenny duerme.

Apacible hogar de frente al bosque. Escribo en tu mesa redonda. Galletas, leche, fotografías de Nueva York. Gustav Mahler en el silencio. Camino sin prisa, ocultos pies descalzos, frágiles y tibios.

Me acuesto a las cuatro de la tarde. Abro a Solschenitzin, el último ruso, y me invade el placer. Las hojas combinan verdes por la ventana, el aire corre. Se mueve el cabello de mi esposa y la quiero tanto.

En septiembre, un día así, me hace feliz.

Satch y Jazz

Satchmo plays the music of Fats Waller.
Oh, sonido del jazz que sueñas oscuro, que sueñas negro,
que sueñas sombra y sueñas noche. Luna callada,
circulo abierto en el telar de la noche. Oh jazz. oh mi madre que
mueve la cabeza. Oh jazz, dedos pisando teclas de oscuridad.
Toca este piano. Toca la trompeta y luego,
cuando parezca que me he ensoñado, canta, Satch,
hermano, con tu voz fermentada de cascajo, con el licor que
derramamos los negros por las calles. Toca y canta, hermano Satch,
la música de Fats que nos alegra.

El jazz nos convierte en aire. El jazz nos desvaría el cuerpo.
Jazz de los negros de la oscura noche sombría.
Otra vez. Otra vez.

**Claudio Ferrufino-Coqueugniot, 1960,
Cochabamba. Poeta y consumado viajero.
Publicó "Virginianos", 1991.**